

¿CUÁN ALTA DEBE SER UNA TORRE PARA SER TORRE?

Las torres que amamos suelen ser modestos ejemplos de desafío de la gravedad, casi siempre lejos de los límites del material, del suelo o del entorno; sabemos que si dibujamos una comparación gráfica, casi todas las torres que nos admiran no llegan al rango de las auténticamente altas, quedan como humildes muestras de una voluntad de verticalidad muy lejos del tour de force estructural de las números uno.

Pero también sabemos que la belleza no es cuestión de números, ni la emoción arquitectónica se mide en toneladas ni escalafones; la persona que amamos no aparece en los dominicales como una de las más elegantes, ni recibe premios en certámenes de belleza ni es portada en las revistas como un modelo a imitar. Pero nosotros la imitamos y la seguimos, sabiéndola tabla de salvación frente a los vaivenes de un mundo que, a pesar de los años, nunca termina de encajar y ordenarse.

Uno circula por el mundo sorprendiéndose de que los mejores méritos no sean reconocidos universalmente, de que la injusticia parezca la norma y el desorden que todo lo confunde prevalezca sobre un mínimo orden que el conocimiento debería traer consigo. Da igual. A poco que uno haya leído, sabrá que así ha sido siempre y así seguirá siendo; que pretender a un tiempo fama y verdad es una quimera sólo posible cien años después de muertos, así que hay que construir no para el público de hoy (suponiendo que haya un público y no solamente un puñado de maestros frente a quienes no queremos desmerecer y cuya presencia nos alienta a esforzarnos), sino para el que dentro de ochenta años quiera ver en este presente un idílico tiempo de claridad y no esta batahola en que tan difícil es saber cuál es lo verdadero y más difícil aún hacerlo ver a quien le interese. Así pues, como deseaba Stendhal, alguien dentro de ochenta años (o dentro de cuarenta, con eso bastará), descubrirá, como hoy nosotros, que la arquitectura que cuenta verdad no tiene tiempo y resiste contando relatos sinceros que siguen siendo lecciones para quien tenga la humildad de querer aprender.

Puede que sólo haya que hacerse preguntas para que las respuestas, implícitas en ellas, orienten el camino y nos hagan distinguir una arquitectura valiosa por contraste, por afirmación o por revelación. Casi siempre la mejor arquitectura nos cuenta que sí se podía hacer aquello que todos los expertos nos dicen que no se puede... o quizá que no se debe, en nombre de técnicas de aprovechamiento espacial y rentabilidad inmobiliaria que, perdidas en su propio autismo, olvidan acaso las tres o cuatro condiciones necesarias para que la arquitectura lo sea.

Cuatro preguntas van a bastar para marcar diferencias.

¿Por qué hoy no hay ventanas que se puedan abrir? Si es cierto que a trescientos metros de altura conviene no hacerlo y acaso las deformaciones lo complicaran, al menos podría estudiarse el

problema localmente; nada más patético que una primera planta de una torre de oficinas cuyas ventanas no se pueden abrir porque la ley del piso cien se ha impuesto a toda la torre. Y cuando el piso cien no existe, la ley ha quedado... como si lo elegante fuera controlarlo todo in vitro, no sea que entre el aire y con él se vayan los bacilos de la alienación.

¿Por qué se nos ha olvidado que la fachada es un interfaz, cuanto más denso mejor? Claro que la arquitectura es frágil, tanto más frágil cuanto más delicada, hasta el punto de que lo más sutil que construyamos en un edificio, sabremos que será lo primero en caer, por lo mismo que las flores se marchitan pero los cactus no.

¿Por qué la sombra arrojada por un retal de tela convierte en humano cualquier rincón? Algo hay de placer básico en la sombra, que convierte todo umbráculo en lugar de reposo y de ensoñación; acaso sea insurrección la creación de ese lugar de placer en el espacio del rendimiento, acaso sea entender que solamente recreando un lugar fresco y en sombra se hace posible el trabajo creativo. Y algo hay de extremadamente frágil (y volvemos a lo anterior) en esos retales de tela delicadamente tensados, que antes hablaran de una casa que de un lugar de trabajo... o mejor aún, que antes hablan de un lugar en el que de verdad apetece trabajar, con una cocacola bien fría a mano y el ruido de la ciudad ahí fuera, amortiguado, marcando así las distancias entre un aquí placentero y un allí ruidoso. Y pareciera iluso pensar así de un centro de trabajo de una multinacional, por muy comprometida con la calidad que fuera, más en esos años, pero cuando la arquitectura entiende de lo que tiene que entender y no de lo que se supone que tiene que entender, entonces la sombra, el ruido, la brisa, incluso la cocacola bien fría, son su materia de trabajo, aun cuando sea en una torre de una multinacional...

¿Cuánto de alta tiene que ser una torre para ser torre? ¿Es lo mismo una torre que un rascacielos? ¿Qué define su carácter, la altura o la esbeltez? ¿Y si ni una cosa ni otra, sino el carácter? Hablamos de un ensayo, de una torre iniciada que podría ser mucho más alta, que contiene todos los detonantes para serlo y ha quedado anclada en una imagen fija provisional; el fuste continúa, la base piramidal a cuarenta y cinco grados (eficiencia máxima de las bielas) podría recoger, a ojos vista, muchas más plantas, éstas se apilan ¡y son sólo siete!, la jaula exterior continúa una planta más y rompe los límites por arriba igual que lo hace por los frentes... y poner más plantas es sólo cuestión de voluntad, de imaginación o de dinero, pero... ¿para qué, si ya tenemos una torre?